

EL ALMA DEL XINANTÉCATL. PERVIVENCIA DE RITOS
INDÍGENAS EN EL VALLE DE TOLUCA. A PROPÓSITO
DE LA OBRA DE JACINTO DE LA SERNA

MARÍA TERESA JARQUÍN
El Colegio Mexiquense

El que quiera algo nuevo debajo del sol,
Suba a la cumbre de una verdadera montaña.
José María Heredia

Introducción

Este trabajo tiene como objetivo principal mostrar la permanencia de algunas festividades de tradición prehispánica en la época colonial, las cuales han logrado mantenerse en la actualidad, en lo que Pedro Carrasco ha denominado “catolicismo popular mexicano” o “religiosidad popular”, al serle impuesta la fe cristiana; sin entrar al debate de si se trata de la religión elaborada por el pueblo o si es aquella que se destina al pueblo.¹ Intentamos advertir cómo las etnias han mantenido una cohesión social a través de este tipo de festividades religiosas vinculadas con el ciclo agrícola, celebradas en lugares donde sus ancestros establecieron antiguos centros ceremoniales o santuarios, como los volcanes y las grandes montañas.

Una de las celebraciones religiosas más trascendentes de las sociedades mesoamericanas fue el culto a los cerros, por ser considerados entidades animadas, seres sagrados que protegían y beneficiaban a la población. En el valle de Toluca, el volcán Xinantécatl fue la principal elevación montañosa que motivó a sus pobladores para llevar a cabo diversos cultos y celebraciones realizados en su honor. Los habitantes del valle buscaron estar siempre cerca de un cerro o montaña que consideraban sagrada, en donde suponían habitaban las deidades que los protegían o castigaban según su comportamiento.

Antes de la llegada de los españoles, esta región geográfica ha sido poblada desde centurias por grupos de diferentes lenguas, como los otomíes, matlatzincas, mazahuas y nahuas. Cada uno conservó áreas geográficas específicas, de

¹ Respecto al importante tema del catolicismo popular o religiosidad popular, véase Carrasco (1976).

tal manera que si seguimos una línea imaginaria que parta del norte del actual Estado de México, desde Xilotepec, hacia el sur por Xocotitlán –los habitantes son otomíes y mazahuas–, bajaría nuestra línea a la región del río Lerma –habitado por matlatzincas–, Toluca, Tenancingo y Zumpahuacán. A partir de la conquista mexicana en 1476, gente nahua se aposentó en esta zona. Si bien sus lenguas eran diferentes, tenían una base cultural común, la mesoamericana, y una parte de esa cultura es la religión politeísta (Hernández Rodríguez 1988: 33). La estructura de esta religión estaba formada por un panteón de dioses, cada uno con sus propias atribuciones, y cuya característica primordial era que se encontraban asociados con los elementos naturales como el fuego, el agua, el aire, la tierra, las plantas, los árboles, las piedras, los volcanes, entre otros, considerados divinidades de por sí.

En los antiguos ritos realizados en torno a la figura del Xinantécatl, a partir de la información recabada por Jacinto de la Serna en el siglo xvii, en su *Manual de ministros de indios*, se ofrece un cúmulo de evidencias que muestran el ferviente culto que se rendía al volcán y a otros elementos de la naturaleza entre los otomíes del valle de Toluca.² La importancia de retomar la información contenida en este tratado radica en el hecho de que la descripción detallada de poblaciones, ritos y lugares específicos de culto permite ubicar lugares donde se puede rastrear la permanencia de algunas festividades religiosas desde la época novohispana hasta la actualidad.

La tradición prehispánica

Entre las sociedades mesoamericanas, la religión fue uno de los factores cohesivos más importantes, incluso existía la creencia en un tipo de divinidad a la que los españoles llamaron dios abogado. Los dioses abogados o patronos, como Alfredo López Austin los denomina (1989: 47), fueron múltiples en Mesoamérica, como diversos fueron los grupos étnicos. Cada grupo humano pertenecía a una deidad particular que fungía como su protector, guía y abogado, el cual recibía grandes ceremonias. Entre los nahuas esa divinidad protectora era nombrada “corazón del pueblo” (*ibidem*: 60).

El culto a los cerros es una tradición muy antigua, fray Bernardino de Sahagún había denunciado esta práctica desde el siglo xvi. En su obra explica cómo en el mes llamado *tepeilhuitl*, correspondiente al décimo tercero en el calendario mexicana, se honra a los montes, lugares de donde provenían las lluvias; por lo tanto, tenían la obligación de rendirles culto y elaboraban imágenes con

² Para mayor información véase Serna (1892: 292-296 y subsiguientes).

figuras humanas que representaban a los cerros, y se ofrecían en altares y delante de ellas. Sobre todo se veneraba a aquellas personas que habían muerto ahogadas o por causa del golpe del rayo. Acostumbraban colocar comida, como tamales y pulque; además, dedicaban cantares y loores (Sahagún 1997, t. I: 124-125).

Especialmente, las montañas fungieron como residencia de algunos dioses por ser considerados entes sagrados. Cada montaña personificaba la figura específica de un dios, como el caso particular de Tláloc (el agua) entre los nahuas, quien representaba la deidad de la fertilidad agrícola, cuya residencia era el Tlallocan, en el interior de las montañas. En las cuevas se le rendía culto para obtener sus favores. Sahagún apuntó que:

Este dios llamado Tláloc Tlamacazqui era el Dios de las lluvias. Tenían que él daba las lluvias para que regasen la tierra, mediante la cual lluvia se criaban todas las yerbas, árboles y frutas y mantenimientos. También tenían que él enviaba el granizo y los relámpagos y rayos, y las tempestades del agua, y los peligros del río y del mar. En llamarse Tláloc Tlamacazqui quiere decir que es dios que habita en el Paraíso Terrenal, y que da a los hombres los mantenimientos necesarios para la vida corporal (*ibidem*: 72).

El culto a Tláloc está documentado en las fuentes indígenas del siglo XVI. Las evidencias pueden ser confrontadas con los restos arqueológicos que se encontraron en las cumbres de muchos cerros y en las faldas de los grandes volcanes del territorio central de Mesoamérica. Se trata de los vestigios de pequeños santuarios o adoratorios en montañas como Popocatepetl, Iztaccíhuatl, la Malinche (Matlalcueye), Pico de Orizaba (Poyauhtécatl) y el Nevado de Toluca (Chiucnauhtécatl). En estos santuarios se practicaban cultos agrícolas de la fertilidad y estaban relacionados con Tláloc en las cuevas (Broda 1997: 59). En la actualidad, muchos de estos lugares son frecuentados por habitantes de comunidades vecinas, ya sea para solicitar un buen temporal y buenas cosechas o para ofrecer agradecimientos por los beneficios obtenidos.

En el interior de esa montaña arquetípica se atesoraban enormes riquezas agrícolas, animales, minerales y las corrientes de agua. Las cuevas eran los principales puntos de comunicación entre este mundo y el inframundo, lugar del que salían vientos y nubes. El gran cerro era, a su vez, el “corazón de la tierra” (López Austin 1998: 11). Su vientre era concebido entre las sociedades mesoamericanas como un recipiente gigantesco donde las aguas, los vientos y todo género de especies vegetales esperaban su periódica liberación (*idem*). “Era un paraíso acuático y fecundo como el vientre de una mujer” (*idem*). Cabe señalar que la idea de que los cerros eran creadores y protectores fue igualmente una concepción heredada de los olmecas, ya que ellos plasmaron por primera vez

la noción de la “primera montaña verdadera” como símbolo de fertilidad, la tierra que resguardaba en su interior las semillas nutricias y las aguas fertilizadoras que alimentaron a los primeros humanos (Florescano 1999: 80-82).

La permanencia de la idolatría. Denuncias de Jacinto de la Serna en el siglo XVII

El Xinantécatl, volcán que domina el amplio paisaje natural del valle de Toluca, es la cuarta cumbre más alta de México. Xinantécatl es un nombre de raíz náhuatl, cuyo topónimo forma parte de un conjunto de tradiciones y referencias culturales. De acuerdo con Bernardo García Martínez, este nombre proviene de la palabra Chicnauhtécatl, “Nueve Cerros”, o de la variante Chicnahuitécatl, que es la voz más próxima del topónimo Xinantécatl, según los testimonios de la época colonial temprana, como de la *Relación de Temascaltepec* de 1585 y la obra de Fernando Alva Ixtlilxóchitl de 1625 (García Martínez 2000: 24-26). Aunque una traducción literal del vocablo sería “habitantes de Chicnauhtlan: Lugar del Nueve”. El nombre se asocia estrechamente con Chicnahuapan: “Nueve Aguas” o “Nueve Manantiales”, topónimo del río Lerma (*idem*).

Entre los otomíes, la conceptualización del cerro como lugar sagrado los llevó a organizar peregrinaciones rituales, principalmente al Xinantécatl, señalado como el ombligo del mundo y sitio del que brota la lluvia que fertiliza la tierra. Algunos otros como Xocotépetl y Yauhqueme, se identifican con dioses y en los datos disponibles aparecen como lugares de culto. La cueva de Chalma es sitio de culto importante, no sólo por ser considerada la entrada al interior de la tierra, sino por ser lugar de la abundancia, guardián del oro y la plata que está enterrado en las profundidades del cerro; es el mismo señor de las plantas cultivadas, de los vientos, de la música, el que controla todas las fuerzas genéticas desde su cerro.

A mediados del siglo XVII, a más de un siglo de haberse introducido la fe católica en tierras mesoamericanas, los esfuerzos de los evangelizadores no alcanzaban todavía un éxito completo. Las tradiciones antiguas, transmitidas de generación en generación, estaban vigentes, tanto que era ya costumbre que a nadie sorprendía, era tan natural como la vida misma. Las fiestas, las peregrinaciones y las devociones, al parecer inocentes, únicamente eran el telón de fondo tras el cual se ocultaba la antigua idolatría. Así lo pensaron celosos clérigos del siglo XVII. Primero don Hernando Ruiz de Alarcón,³ después don Jacinto de la Serna. Ambos recorrieron una gran extensión del actual Estado de

³ Para mayor información véase a Noemí Quezada Ramírez (1980: 323-354).

México y encontraron que en varios pueblos se daban prácticas supersticiosas que había que extirpar.

En su obra, *Manual de ministros de indios*, el cura Jacinto de la Serna menciona a la sierra Nevada de Calimaya (Xinantécatl), pues asegura que es la sierra más alta del valle de Toluca y por ello un punto de orientación importante. En el cráter hay dos lagunas. Serna denuncia que en este lugar los indios acostumbraban celebrar fiestas a sus dioses, tradición que en siglo XVII no se había olvidado. Incluso, en la actualidad hay algunas cruces adornadas con flores, que no sólo utilizaban de ornato, por el contrario, servían para predecir la cosecha del lugar: si encontraban muchas y en variedad era un signo favorable, en cambio la falta de ellas era un pronóstico negativo para el año.

El cura de la Serna aseguraba que los indígenas del valle de Toluca veneraban a la sierra Nevada, que está junto al volcán, argumentando que era el lugar donde habitaba la diosa Chicomecóatl (Siete Serpiente). Acostumbraban ir frecuentemente a realizar sacrificios a sus dioses, al igual que en los demás montes altos de su alrededor, donde construyeron sus cúes (templos antiguos) y los mantuvieron en buen estado. También acostumbraban realizar sacrificio a los manantiales de agua, ríos y lagunas, en virtud de que veneraban el agua y la invocaban para el beneficio de sus sementeras. Esta larga relación del culto al volcán de Toluca de fray Jacinto de la Serna en el valle de Toluca coincide con otros muchos relatos sobre los cerros y sus tradiciones idolátricas en toda el área mesoamericana.

Las ofrendas al volcán de Toluca consistían en “papel, copal y petates pequeños”. Se han extraído del fondo de la laguna del Sol conos hasta de 30 cm, de copal amarillento con semillas de bledos, y de la de la Luna algunos conos algo menores, además de vasijas de cerámica. En la superficie, en torno al cráter se han localizado dos vasijas de cerámica del periodo premexica, sin baño (algunas de ellas representan al dios Tláloc), pequeñas caras humanas de cerámica sin baño, cuentas de piedra dura, así como trozos de madera en forma de zig zag, con restos de pintura azul en la superficie que se pueden asociar con Tláloc (Quezada 1972: 63). Por el tipo de ofrendas encontradas en las lagunas del volcán de Toluca, se supone que se adoraba a una advocación de Tláloc, ya que una de las razones de las prácticas propiciatorias era solicitar la lluvia. Además, al agua de las lagunas del Nevado se le atribuían propiedades terapéuticas.

El cura recuerda cómo un reo, en el año 1610, declaró que había subido el domingo de ramos a la sierra Nevada de Calimaya, donde vio gran cantidad de indios de Toluca y de pueblos vecinos, quienes con trompetas y chirimías

peregrinaban con muchos cántaros a traer agua de la laguna. Aseguraron que aquella agua era para bendecirla el domingo de ramos y ofrecerla a los enfermos como remedio a sus males. Asimismo, observó que llevaban tres redes de pescar, con ellos sacaban copal de la laguna. El reo había llevado una candela y, con un “poquiete” encendido, la prendió y la depositó en una cruz de las que allí estaban. Jacinto de la Serna tenía noticias de que en los alrededores de la laguna encontraban restos de copal, candelas y braceros que ofrecían a las antiguas deidades, según la costumbre prehispánica. “Para que se vea que no los tenían olvidados, sino muy en su corazón” (Serna *op. cit.*: 292-293).

Al enterarse los frailes de esta costumbre prohibieron a los indios subir al volcán de Toluca. Por su parte, los naturales aseguraron que no lo harían, pero un grupo reducido –que se consideraban maestros en idolatrías, del pueblo de Tenango del Valle, ubicado en el somontano del volcán– no acataron tal disposición y enviaron a uno de ellos en semana santa a traer agua, costumbre común entre estos indios, al considerar que era milagrosa. Otros aseguraron que fue por un idolillo que se encontraba en la laguna. Con la estatua en el pueblo de Tenango se organizó una velada el martes y miércoles santos, para que la viera la gente, y posteriormente el jueves se depositó en el arca del santísimo sacramento junto con unos rosarios, para que fuera adorada en la iglesia del pueblo. El cura no se percató de tal afrenta y colocó el arca en el altar mayor, pero al hacerlo toda la iglesia, empezó a temblar y los asistentes se vieron obligados a abandonarla, encontrando que el atrio estaba firme y solamente el templo se agitaba; con el movimiento se cayó una viga del techo de madera, la cual milagrosamente se detuvo y no mató a ninguna persona, únicamente lastimó la pierna de un indio. Al ver lo que estaba pasando, algunos de los naturales que sabían de la existencia del idolillo lo delataron ante el cura, por el temor que les infundió el temblor. Abrieron el arca, sacaron al ídolo de piedra con los rosarios que habían introducido y paró el terremoto, según lo relataron a Jacinto de la Serna. En el volcán, actualmente se han encontrado diversos vestigios arqueológicos, entre ellos imágenes de dioses, como la estela localizada por Otto Schöndube en las lagunas del Nevado, en donde se aprecian el torso y las piernas de un cuerpo cubiertas por una gran estrella, o la pieza recuperada por los buceadores del grupo Alpino –fundado por Guzmán Peredo hace más de treinta años–, que tiene la forma de una “vasija que servía como incensario y cuyo tamaño es parecido al de una pelota de béisbol... Esta pieza tiene la forma de una cabeza y de ella sale una nariz desproporcionadamente larga” (Luna 2000: 47-49), la cual nos recuerda al dios Tláloc.

Por su clima, en el valle de Toluca se hacían otras invocaciones a deidades relacionadas con los granizos y los nublados. Los naturales pagaban a personas especiales para que les protegieran sus sembradíos del granizo. Para ello, utilizaban una mezcla de ritos paganos y católicos. Según Pedro Carrasco, los dioscellos como los tloaque, ayudantes del dios de la lluvia, en otomí “*ñjūy’e*”, que es trueno y relámpago (Carrasco 1950: 148).

Entre los otomíes y los tepanecas, Otonteuctli, además de ser considerado su dios creador, fungía como la deidad del fuego y de los muertos. “En su fiesta se acostumbraba a levantar un pino, y en lo alto de él una rodela con su imagen. Se colocaban también cuatro ‘piñas’ de masa a los pies del ídolo y una imagen de éste, también hecha de masa, en lo alto del palo” (Hernández Rodríguez *op. cit.*: 37). La reverencia a los árboles también fue de suma importancia entre los otomíes, como se aprecia en el culto a Otonteuctli con el pino, o el culto al fuego con esta misma deidad. Los antiguos habitantes del valle de Toluca asociaban el complejo cerro-árbol con la idea de abundancia y regeneración de la vida, debido a la relación de estos dos elementos con el símbolo acuático, aunque también representa al árbol cósmico en el que se unen inframundo, supramundo y la superficie terrestre. Recordemos que las aguas representaban la suma universal de las virtudes, el depósito de todas las posibilidades de existencia. El contacto de la tierra con el agua implica la fertilización y multiplicación de la vida vegetal, una renovación, no sólo del cosmos, sino de la vida humana (Eliade 1998: 97).

Jacinto de la Serna asegura que los indígenas del valle de Toluca pensaban que los árboles fueron hombres en otra vida, que contaban con alma racional. Les ofrecían culto principalmente cuando los cortaban para su uso. Los indígenas creían que si al cortarlo rechinaba era porque se quejaba, y como prueba de estas creencias Serna relata los casos de dos pueblos del valle de Toluca.

El primero le fue descrito por el licenciado Andrés Pérez de la Cámara, beneficiado de Ocoyoacac y uno de los más antiguos ministros del arzobispado de México, quien dominaba las lenguas otomí y náhuatl. El licenciado Pérez aseguró que cuando los indios del pueblo de Ocoyoacac tuvieron la necesidad de poner una viga grande en el puente del río de Toluca, que es paso para ir a Michoacán, vio que el gobernador indígena de dicho pueblo “hizo llevar la Cruz con su manga, ciriales y cantores, y habiendo convocado todo el pueblo para esta acción, subieron a el monte y cortaron el árbol” (Serna *op. cit.*: 384). Posteriormente, una india vieja fue a quitarle las ramas al árbol; se trasladó al tronco, le colocó las ramas diciendo palabras amorosas y pidiendo su perdón, sobre todo le rogaba que no se enojara con su pueblo, porque lo necesitaban para

pasar a la tierra del Bajío. En el sitio donde había caído colocaron un pedazo de cirio encendido de los que habían quedado del jueves santo, rezaron un responso en forma solemne y le echaron agua bendita y mucho pulque. Al enterarse, el licenciado Pérez tomó prisionero al gobernador, pero éste fue absuelto.

El otro caso fue en el mismo pueblo, pero en el año 1633, cuando era beneficiario Jacinto de la Serna. En ese tiempo hubo una epidemia que mató a indios chicos y grandes. Como se moría tanta gente ahí y en todo el valle de Toluca, llegó un indio viejo de origen maya al pueblo de Tepexoyuca, cerca de Ocoyoacac, y les dijo que debían enterrar una viga adelante del pueblo para que cesara la enfermedad. Los indígenas, engañados por este “sacerdote embustero”, fueron a buscar la viga; para ello llevaron cruz alta, ciriales, incensario y todos los instrumentos necesarios para un entierro; por supuesto, no faltaron la cera, el agua bendita y los responsos. Con cantos a lo largo del camino, los indios trajeron la viga cargada y posteriormente la enterraron en el cementerio de la iglesia de Tepexoyuca. El sacerdote, al tener noticia de estos hechos, fue a desenterrarla, encontrándose con una ofrenda de pulque y tamales, la cual mandó quemar públicamente.

Jacinto de la Serna argumentaba que si estos cultos sincréticos sucedían en pueblos cercanos a los sacerdotes, qué pasaría en poblaciones distantes donde no existían sacerdotes para asistir a los indios. Su preocupación radicaba en las constantes supervivencias de rituales idolátricos mezclados con cultos católicos. Como lo relatan diversas fuentes, tanto prehispánicas como coloniales, árboles, cerros y montañas gozaban de un culto especial por considerar que allí residían algunas deidades.

Las ceremonias en montañas y volcanes, como en el Xinantécatl, se efectuaban sobre todo en época de sequía y tenían como finalidad pedir la pronta llegada de las lluvias que hicieran crecer las plantas en los campos de cultivo. El ascenso a las montañas, con el propósito de realizar actos propiciatorios para rogar por un buen clima y favorecer la agricultura, ha existido desde tiempos muy antiguos. A estos lugares concurrían poblaciones cercanas y provincias alejadas, rebasando los cultos locales.

Etnografía actual en el valle de Toluca

Estas prácticas perduran en la actualidad y han logrado incrustarse en la liturgia católica. Un ejemplo claro es la celebración de la Santa Cruz, en el pueblo de Metepec, realizada por los del barrio otomí, quienes año con año pagaban al párroco para celebrar misa en el cráter del volcán de Toluca (Jarquín 1990:

88). En esta misma fecha los otomíes de otras regiones celebran la fiesta al dios Makatá en los cerros circunvecinos de los pueblos alejados del volcán, como Ocoyoacac, en uno de los cerros de la sierra de San Andrés; Lerma, en el cerro de La Verónica, en Amanalco de Becerra, cuando el día 3 de mayo suben al cerro a festejar a la Santa Cruz con ritos paganos; por su parte, en Jiquipilco, en esta misma fecha veneran tres cruces de piedra de diferentes tamaños en la cima de un cerro.

Otros casos relacionados con el culto a los cerros es la celebración llevada a cabo en la ermita del cerro del pueblo de Metepec, festividad religiosa a la cual concurría todo el pueblo organizando una romería el 18 de mayo, día en que conmemoraban la aparición de san Miguel. Los pobladores de Coatepec Harinas celebran al señor del calvario, durante la pascua de pentecostés,⁴ en Oztolotepec; el 16 de julio, día de la virgen del Carmen, se lleva a cabo la fiesta patronal de “El Cerrito”.

Actualmente, la cosmovisión⁵ de los habitantes de Xalatlaco respecto al simbolismo que representan los cerros y árboles se refleja en un sinnúmero de tradiciones y costumbres, como es el caso de la danza de los tlaxinquis.⁶ En ésta se monta un escenario en el que se hace la representación de alguno de los cerros ubicados alrededor, así como sus árboles y vegetación. La intención de representar a los cerros es porque constituyen elementos sagrados y simbólicos, porque recrean tradiciones, rituales y creencias que fundan sus raíces en un tiempo y lógica de pensamiento muy remotos. Incluso, los árboles reciben una ofrenda especial el día sábado de gloria, durante semana santa, cuando son adornados con papeles de colores. Recordemos que algo similar describió Sahagún en la fiesta de Atlcahualo, dedicada a los tlaloques, cuando “en todas las casas y palacios, levantaban unos palos como varaes, en las puntas de las cuales ponían unos papeles llenos de gotas de *ullli*, a los cuales llamaban *amatetehuitl*. Esto hacían en honra de los dioses del agua” (Sahagún *op. cit.*, t. I: 176).

Cuando no llegaban las lluvias o escaseaba el agua en Tenango del Valle y otras poblaciones aledañas, un grupo de personas, “las que tenían voluntad y podían subir”, se organizaban para ir a la laguna Grande en el volcán de Toluca, con el encargo de traer agua, aunque también había personas específicas que debían cumplir lo mismo. Al subir a la sierra Nevada se cumplía con un rito propiciatorio para atraer la lluvia. El agua se recogía en recipientes, como “botellas”, “garrafas” o “calabazos”. Posteriormente, estos recipientes se enterraban en las

⁴ Durante la Pascua de Pentecostés los cristianos recuerdan el arribo del Espíritu Santo a los apóstoles, que marcó el inicio de la evangelización.

⁵ Respecto al importante tema de cosmovisión y ritual, véase López Austin (1990).

⁶ Para mayor información véase Ricardo Flores Guzmán (2006).

milpas con la finalidad de atraer la lluvia para los cultivos. Los recipientes se enterraban a cierta profundidad, generalmente “a la mitad de las milpas” para que la lluvia cayera en toda la extensión del terreno (Robles 2001: 154). La influencia de este líquido sobre los ciclos de la naturaleza se creía tan fuerte que, al llegar las lluvias, el agua embotellada se tenía que regresar a su lugar de origen, si no la lluvia no pararía y entonces caerían fuertes tormentas y los aguaceros continuarían sin cesar.

En la actualidad, en la cosmovisión otomí, dice Galinier, cada unidad espacial está asociada con un cerro, un acantilado, una cueva, donde residen los antepasados, que son los receptores de todas las energías consagradas por la comunidad para garantizar su perpetuación (Galinier 1990: 218). El simbolismo de estos ritos ha logrado sobrevivir en ciertas fiestas católicas que reflejan el sincretismo entre la cosmovisión prehispánica y el mundo campesino colonial. En algunos aspectos estos ritos han mantenido su vigencia hasta la actualidad en diversas festividades importantes; ejemplo de ello son la celebración de la Santa Cruz, el 3 de mayo, y el día de los muertos, el 2 de noviembre, etapas en las que se abre y se cierra el ciclo agrícola. Recordemos que el año agrícola se divide en dos grandes periodos, el de secas y el de lluvias. La fiesta de la Santa Cruz establece uno de los límites, el de la conclusión de la estación seca y los principios de las aguas, contrario al 2 de noviembre, día de los fieles difuntos y conclusión de la temporada de aguas e inicio de las secas. Las dos fiestas sirven de enlace en el ciclo agrícola del maíz de temporal. La fe era tan superficial porque, según opinión de don Jacinto, los indios estaban acostumbrados a admitir nuevos dioses y conservar los antiguos, ya que, al igual que otras veces, ellos adoraban a sus ídolos y a la vez seguían el culto católico. Sin una formación religiosa profunda incorporaron poco a poco los nuevos dioses, para protegerse de las fuerza naturales o para curar enfermedades, en lo que se conoce como religión popular.

Inevitable fue que los franciscanos en el valle de Toluca, y en general la mayoría de los religiosos, aceptaran y toleraran ciertas prácticas provenientes de la religión indígena, mezcladas con el cristianismo, aunque no se descarta que estas mezclas hayan sido producto de la resistencia de los indios a perder el legado de sus antepasados; es por ello que lograron incorporar creencias y prácticas compatibles con la nueva religión, pero con un carácter sincrético, y por una razón u otra obtuvieron la aprobación o por lo menos la tolerancia por parte de la clerecía, la cual consideró que tales creencias y prácticas no constituían una amenaza al culto central (Foster 1962: 283). Las fechas de las fiestas religiosas cristianas bien pudieron mantener una cercanía con los tiempos

en que se celebraban los ritos prehispánicos; en algunos casos los indígenas movieron sus fechas hacia los ritos cristianos para no despertar la sospecha de los evangelizadores.

Como se aprecia, gracias a las denuncias de Jacinto de la Serna, el alma del Xinántecatl se ha mantenido viva entre los otomíes del valle de Toluca. Este volcán aún se presenta como una entidad sagrada para los habitantes, no sólo por ofrecer sustento, por sus innumerables riquezas, sino por proteger a la población, pues los defiende de las tormentas, del rayo, las enfermedades, del viento y de otras calamidades.

Bibliografía

BRODA, JOHANNA

- 1997 “El culto mexica de los cerros de la Cuenca de México”, en *Graniceros. Cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, El Colegio Mexiquense A. C. /Universidad Autónoma del Estado de México.

CARRASCO PIZANA, PEDRO

- 1950 *Los otomíes del valle de Toluca*, México, UNAM.
1976 *El catolicismo popular de los tarascos*, SEP Septentas, México.

ELIADE, MIRCEA

- 1998 *Lo sagrado y lo profano*, Editorial Paidós, Madrid.

FLORES GUZMÁN, RICARDO

- 2006 *Cosmovisión e identidad en Xalatlaco vistos a través de la danza de los tlaxinquis*, tesis de licenciatura en Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca.

FLORESCANO, ENRIQUE

- 1999 *Memoria indígena*, Taurus, México.

FOSTER, GEORGE MC CLELLAN

- 1962 *Cultura y Conquista. La herencia española de América*, Universidad Veracruzana, México.

GALINIER, JACQUES

- 1990 *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*, UNAM, México.

GARCÍA MARTÍNEZ, BERNARDO

- 2000 “Los nombres del Nevado de Toluca”, en *Arqueología Mexicana*, vol. III, núm. 43, mayo-junio, Editorial Raíces, México.

HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, ROSAURA

- 1988 “Supersticiones en el valle de Toluca. Siglo xvii”, en *Páginas para la historia*, t. I, vol. III, mayo-diciembre, Universidad Autónoma del Estado de México, México.

JARQUÍN ORTEGA, MA. TERESA

- 1990 *Formación y desarrollo de un pueblo novohispano*, El Colegio Mexiquense A. C., México.

LÓPEZ AUSTIN, ALFREDO

- 1998 “La parte femenina del cosmos”, en *Arqueología Mexicana*, vol. V, núm. 29, enero-febrero, Editorial Raíces, México.
1989 *Hombre-Dios, religión y política en el mundo náhuatl*, UNAM, México.

LUNA ERREGUERENA, PILAR

- 2000 “El Nevado de Toluca. Sitio de veneración prehispánica”, en *Arqueología Mexicana*, vol. III, núm. 43, mayo-junio, Editorial Raíces, México.

QUEZADA RAMÍREZ, NOEMÍ

- 1972 *Los matlatzincas. Época prehispánica y época colonial hasta 1560*, México, INAH/ UNAM.
1980 “Hernando Ruiz de Alarcón y su persecución de idolatrías”, en *Tlallocan*, vol. VIII, UNAM, México.

ROBLES GARCÍA, ALEJANDRO

- 2001 “El Nevado de Toluca. Ombligo de mar y de todo el mundo”, en *La montaña en el paisaje ritual*, CONACULTA/INAH, México.

SAHAGÚN, FRAY BERNARDINO DE

- 1997 *Historia general de la cosas de Nueva España*, tomo I, Porrúa, México.

SERNA, JACINTO DE LA

- 1892 *Manual de ministros de indios*, Imprenta del Museo Nacional, México.